



VIRGINIA
LATORRE



.....
VIRGINIALATORREDirectora ejecutiva Fundación Emma.
.....

¿Es la maternidad causa de pobreza?

A propósito de la superación de la pobreza, surgen recurrentemente afirmaciones que hacen referencia a que las mujeres, nunca los hombres, en situación de vulnerabilidad deberían poder planificar mejor sus embarazos, postergar su maternidad, disminuir el número de hijos o simplemente no tenerlos. Esto, pensando en la relación de causalidad que se ha establecido entre vulnerabilidad y presencia de hijos. En este sentido, ni siquiera tendríamos que entrar a debatir sobre si situar la pobreza o no como categoría moral, sino solo considerar la evidencia para cuestionar esa relación causal dada por cierta, descubriendo además que detrás de estas afirmaciones, más que un análisis desapasionado de una realidad compleja, predomina la estereotipación que tanto nos está costando superar en Chile.

Un análisis un poco más comprometido revela de inmediato la causalidad bidireccional entre hijos y vulnerabilidad/pobreza. Esto, ya que cada vez contamos con más información estadística que, por un lado, ayuda a desmitificar algunas ideas preconcebidas, como que las mujeres de escasos recursos tienen muchos hijos, cuando lo cierto es que el promedio de hijos por mujer del primer quintil es de 2,2 (Casen 2017), muy cercano al de los otros quintiles, y, por otro lado, contribuye a demostrar que no siempre los niños pobres nacen de madres que ya lo son, sino que estas han caído en la pobreza por el hecho de serlo.

Factores que influyen en este fenómeno

La monoparentalidad ejercida no por opción, sino por la normalización social del ausentismo paterno en sus distintas formas, se ha ido incrementando de manera sostenida en las últimas décadas. Casi un tercio de los hogares en Chile son monoparentales femeninos, esto equivale a más de 1.800.000, concentrándose un 65% de ellos en los primeros quintiles de ingreso, siendo su incidencia en pobreza una de las más altas, después de la de los niños de 0 a 3 años (Casen 2020): sus hijos.

El mercado laboral, por otra parte, paradójicamente, se comporta como un factor de riesgo en vez de uno protector, aumentando la vulnerabilidad de las mujeres que participan en él cuando son madres. Aquí, además de sortear la brecha de género, deben sortear la brecha por maternidad. Es decir, a las dificultades de acceder y sostener un empleo que permita conciliarlo con la crianza, se suma la discriminación o el denominado «impuesto» a la maternidad. Esto agudiza no solo la desigualdad en relación con los hombres, sino que genera una brecha con las mujeres sin hijos, debiendo enfrentar aún más injusticias que estas últimas, entre ellas, que su salario sea un 20,8% inferior (Barriga, Brega & Sato, 2021) y que sus ingresos se contraigan en un 30% (Berniell, 2019). El mayor tránsito hacia la informalidad laboral, en consecuencia, es protagonizado por las mujeres madres, constituyéndose en el grupo con mayor tasa de ocupación informal (UDP-ChileMujeres, 2022), y si bien esto puede contribuir económicamente, la desprotección social en la que se sitúan es de alto riesgo para ellas y sus hijos.

¿Y qué ocurre con el apoyo al cuidado? No solo la escasa corresponsabilidad parental y las condiciones que ofrece el trabajo están siendo causa del empobrecimiento de las madres, sino también el sistema de apoyo al cuidado, específicamente las salas cuna y jardines infantiles, cuyo déficit dificulta la posibilidad de la mujer de generar los ingresos necesarios para su hogar. La tasa de cobertura

de las salas cuna en Chile es de solo un 32% (OCDE, 2018) y el déficit de educadores de párvulos agrava el problema cuando hay un coeficiente de 42 niños por sala (Educación 2020, 2018), lo que agrega un estrés adicional a las madres a la hora de tener que dejar a sus hijos. La guardería sin certificación está siendo una opción tanto o más insegura que la informalidad laboral. La muerte de una niña de solo tres años y el riesgo de muerte que enfrentó un niño, colgando de un piso veintiuno, en estas guarderías, han levantado las alertas sobre el problema, pero, al parecer, no han sido suficientes para promover los cambios que requerimos de manera urgente.

Algunas reflexiones

Para la superación de la pobreza y la extrema vulnerabilidad, que afecta principalmente a niños de 0 a 3 años y a mujeres madres, entonces, debemos ser rigurosos en los análisis de los datos y también de las experiencias de las personas que están siendo impactadas por esta realidad. No podemos seguir anestesiados y ser indiferentes a las condiciones en las que se está ejerciendo la maternidad en nuestro país. No debiera ser nunca esta la causa directa del empobrecimiento de mujeres y niños, así como ninguna mujer que previo al embarazo ya se encuentra en condición de vulnerabilidad debiera ser abandonada como castigo.

La maternidad, y en especial la maternidad vulnerable, no puede seguir siendo un punto ciego en nuestras políticas públicas. De esto depende la superación de las brechas más profundas de desigualdad de género y de desarrollo infantil. El giro de las políticas públicas y sociales en este sentido es el más certero, no solo en razón de mejorar números, sino como un signo de humanidad de una comunidad que cuida y protege cuando debe hacerlo.

Las cifras expuestas no son en ningún sentido insignificantes, son incluso mucho más gruesas que las de otros grupos vulnerables en los que se ha concentrado una importante coordinación

intersectorial, situándose incluso en mapas de vulnerabilidad a los que se les asignan programas sociales con presupuesto asociado. ¿Por qué las madres en situación de vulnerabilidad no están en ellos cuando en número los superan? Al parecer, se ha convertido en una obviedad que la mujer que es madre, con apoyo o sin él, saque adelante a sus hijos. No es de asombrarse entonces que en un 96% la principal cuidadora del niño sea ella (ELPI, 2017), que su pobreza se silencie y que de paso la pobreza de los niños también. La focalización de esfuerzos legislativos, políticos y económicos para una real corresponsabilidad social y parental que contribuya a apoyar a los grupos de madres con más incidencia en pobreza no están en la agenda. La única agenda que está copada es la de ellas, debiendo sostener fuertes condiciones de estrés. Pero hablar de eso nos llevaría al tema de la salud mental y quizás aquí no conviene. Más deudas no se pueden sostener en una sola columna de opinión.

Avanzar hacia el reconocimiento del problema, generando soluciones que se ajusten a las necesidades de sus protagonistas, las mujeres madres, es crucial. La generación de empleos e impulso para el emprendimiento, pensando en la conciliación y la adecuada protección social, así como desarrollar programas sociales que compensen las desigualdades y fortalecer el sistema de apoyo al cuidado, es de justicia social y son solo algunas de las iniciativas a las que hay que poner urgencia. [®]

